

Los amantes

Silvia Yulmaneli Moreno-León*

 0009-0001-7604-569X

*Escritora independiente

Correo-e: silviayulmanelimorenoleon@gmail.com



Recibido: 15 de febrero de 2024
Aprobado: 18 de mayo de 2025

Osvaldo y Susana se conocieron siete años atrás cuando ella llegó a trabajar a Ciudad de México como secretaria en una oficina contable. Susana, de naturaleza nerviosa e infantil, se dirigió al baño con la cabeza gacha mirando las baldosas del suelo. Sin darse cuenta, chocó con alguien, subió la mirada y allí estaba un joven alto que le sonreía. Esa fue la primera vez que tuvieron contacto.

Se encontraba sola en la ciudad, no conocía a nadie más que a un amigo que la había ayudado a encontrar el empleo; que fuera la única otra persona que conocía hizo que el lazo con Osvaldo fuese más fuerte. Él la protegía y ella, en su ingenuidad, lo veía como un hermano mayor.

Lejos quedaron esos días en que ambos pasaban las tardes juntos después del trabajo comiendo golosinas y tomando té. Susana atesora aquellos momentos en su memoria para reproducirlos hasta el cansancio en su soledad. Hoy es distinto, casi nada queda de esa época; han desaparecido esos dos jóvenes que disfrutaban comer helados de yogurt los jueves frente a World Trade Center e ir a ver películas al Goethe Institut.

Osvaldo toca la puerta de la habitación del motel, nadie abre, enciende las luces. Delante de él se encuentra una pequeña figura blanca y delgada, alcanza a cerrar la puerta y, al hacerlo, la mujer baja, le desabrocha el pantalón, toma con una mano esa dureza y la examina como tratando de recordarla, para luego introducirla entre sus labios y, por fin, terminar de reconocer aquello. Él acaricia



su cabello y su rostro mientras murmura “Te extrañé tanto”. Se desnudan completamente, terminan el juego y, en la oscuridad, Osvaldo mira a Susana sonreír.

—¿Cómo has estado, Osvaldo? —dijo mirando al techo.

—Cansado... he trabajado mucho en el hospital y he estado estresado, triste...

—Ya veo... yo he sido feliz y ahora lo soy un poco más —dijo con voz tranquila, sin dejar de ver hacia arriba.

—No debemos vernos más... tendré una familia y debo ser fuerte a las tentaciones.

Susana hace un gesto de desagrado, es lo que ha venido escuchando desde hace mucho tiempo, pero no ocurre, siempre regresa a ella.

—Está bien— se levanta de la cama y se sienta al lado suyo, mientras encorva su cuerpo un poco y sus redondos senos se balancean—, te he dicho que yo únicamente quiero tu amistad, esto que me das es un extra que no exijo.

Osvaldo calla, no voltea a mirarla, toma su celular y textea algo, vuelve a ponerlo boca abajo sobre la mesita que se encuentra al lado de la cama.

De fondo se escucha *Podría ser peor* de La casa azul, “Va a costar. Hacer ver que no hay dolor, que todo sigue igual. Esconder los desperfectos y disimular... qué bonita es la felicidad”. —Una tonada alegre para una letra tan triste —piensa Susana mientras observa a su alrededor, —cuando uno termina de tener sexo, también se espera sentir alegría o al menos alivio, pero ni una ni otra cosa... podría ser peor, claro que sí, podría serlo—.

Se asoma desnuda a la ventana polarizada. Ve los autos pasar. Piensa que su esposo debe estar en casa tranquilo mirando alguna película o algún juego de básquetbol en la computadora. En el fondo, le envidia esa tranquilidad de que “todo está bien”. En cambio, ella guarda ese secreto y otros más. Siempre van al mismo hotel, en la colonia Escandón, una de las habitaciones grandes, únicamente se encuentran por unas horas; no importa, ella no paga nada y, aunque le parece un desperdicio pagar tanto, a Osvaldo no le molesta.

Después de un rato, él se coloca el bóxer, señal de que todo ha acabado, se visten, la deja en un taxi y pide que la lleven a su casa. Una vez en el departamento, su esposo la recibe dándole un beso en la frente, le dice que deben mudarse desde mañana y por seis meses a Toluca para revisar el testamento de su madre y ver qué propiedades se venderán. Susana lo abraza, pega su rostro sobre el pecho de Ricardo, luego comienza a acomodar las maletas.

Han pasado dos meses desde el encuentro con Osvaldo y, en ese lapso, la regla también desapareció. De vez en cuando, los amantes se escriben correos para saludarse; Osvaldo envía *gifs* o videos de sus encuentros, que ella ve por el morbo de saber si sus gestos se parecen a los de las actrices porno que imitaba para excitarlo. A veces se escriben por WhatsApp, pero la mayoría del tiempo ella permanece bloqueada por él en la aplicación.

No hay palabras bonitas, solamente sexo, hablar de sexo, enviarse fotos desnudos e inventar historias para los próximos encuentros. ¿Emocionante?

Al menos para ellos, que ya estaban acostumbrados a eso y no podían confiar en nadie más; sus formas de ser les impedían confiar en otros seres humanos que no fueran igual de introvertidos.

Osvaldo, durante este tiempo, había tenido otros encuentros, pero no podía confiar en que esas mujeres estaban limpias, tan limpias como la siempre dispuesta Susana. Estaban las otras que se enamoraban y tenía que deshacerse de ellas; había otras que eran lindas, pero muy jóvenes. Osvaldo se había prometido nunca salir con alguien menor que él por cinco años —algo que consideraba ético—.

Susana también había tenido encuentros, pero todos resultaban un desastre, ninguno la satisfacía. Al final, todos le parecían demasiado repugnantes a pesar de tener cuerpos y miembros proporcionados, todos tenían algún defecto, estaban vacíos. Algunos eran fanáticos de alguna doctrina, otros tenían pareja e hijos, otros más se enamoraban o deseaban una relación, unos más la ignoraban después de la primera vez, para luego buscarla nuevamente pretendiendo que el *ghosteo* nunca había pasado.

Quizá, frente a todo esto, el sentirse seguros y que ninguno exigiera más del otro, como si se hubiera escrito un contrato interior, en el cual las cláusulas de amor o muestras de cariño, acciones espontáneas que pudieran representar un aspecto de vínculo más profundo, quedaban fuera de esa relación, impuesta por Osvaldo y aceptada por Susana, hicieron que la relación durara tanto.

No importa, ninguno buscaba que fuera distinto. Ahora ella se encontraba alejada de él, no sentía necesidad de tenerlo cerca y, si en algún momento ocurría ese anhelo, lo acallaba coqueteando con otros o teniendo relaciones con su esposo. Eso le ayudaba a pensar que era libre, al menos en su deseo, y esa necesidad podrían cubrirla otros rostros y cuerpos.

En Toluca, durante el invierno, cae nieve en el volcán. El paisaje se convierte en una postal para turistas, pero para alguien como Susana lo único que provoca este clima es melancolía y pensamientos sobre las posibilidades que no pudieron ser debido a sus titubeos: la pareja que no tuvo, la carrera profesional que no consiguió, la persona que deseó ser.

Ricardo la pasaba fuera de casa la mayor parte del tiempo, arreglando papeles para vender una de las propiedades y rentar las otras. En uno de esos días, Susana decidió salir a dar una vuelta al volcán, no le avisó, nunca le contestaba ni las llamadas ni los mensajes, así que cuando él volviera a casa, probablemente, ella también estaría allí.

Se unió con un grupo de senderistas para hacer la travesía al volcán. Mientras caminaba, se percató de que no lograba recordar a Osvaldo en el presente, sino que sus únicas memorias se encontraban con el Osvaldo del pasado, que fue su amigo, y no con este, su amante. Mientras pensaba en todo esto, no se percató, tuvo miedo y, al hacer un movimiento rápido, cayó sobre la nieve. Sintió un dolor en el vientre como un desgarró, se levantó y buscó algún rasguño, no

encontró nada. Caminó de regreso sin notar que fue dejando un pequeño filamento rojo que irrumpía la superficie blanca y fría que la rodeaba.

Llegó a casa, decidió tomar un baño, miró la sangre en su pantaleta, junto a lo que parecía un gran coágulo de sangre; entró a la regadera y lloró un poco. Durmió toda la noche. Ricardo la despertó por la mañana con una sonrisa, le dijo que podían volver a Ciudad de México en los próximos días. Susana preguntó si podrían mejor quedarse en Toluca más tiempo, que no quería volver; él respondió que harían lo que ella quisiera.

Otra vez sola en casa. Susana buscó dentro de su equipaje una pequeña caja en la que guardaba algunas cartas, calcomanías, fotos, entre listones y demás regalos. Una postal de “Los amantes en la habitación de arriba” de Utamaro —un artista que Susana y Osvaldo admiraban—, sobresalía de las otras. La tomó con los dedos de la mano derecha, le dio vuelta y leyó lo que decía atrás:

29 de agosto de 2017

Querido Osvaldo:

Esta pequeña nota acompaña al libro, que es una ofrenda para que no me olvides, o más bien, para agradecerte por todo el tiempo, paciencia y amabilidad que siempre tuviste para conmigo.

Agradezco todo, agradezco que me dejaras ser tu amiga y pasar tiempos muy agradables. Gracias por todo lo que me diste, nunca lo olvidaré, está guardado en lo profundo de mi corazón, querido amigo, espero que pronto nos encontremos de nuevo y la siguiente vez, nos encontremos en una situación mejor.

Cuídate, y que te vaya muy bien en esta nueva aventura. Te mando muchos abrazos y deseos buenos.

Esta nota no la había entregado porque le parecía muy sentimental, mirándola recordó cómo había ocurrido todo... Hace siete años. Osvaldo había decidido dejar la oficina donde trabajaba con Susana. Su nuevo empleo se encontraba en un hospital importante, muy al sur de la ciudad, allá ganaría un mejor sueldo. Le pidió a su amiga que vivieran juntos para ayudarse con los gastos del alquiler, pero ella se negó, le dijo que estaba viéndose con alguien desde hacía algún tiempo. Osvaldo insistió, pero al obtener la misma respuesta, le pidió conocer a la persona con el pretexto de quedarse tranquilo sobre su nueva compañía.

Los tres se vieron para comer sushi. Ricardo era un hombre mayor que los dos amigos, quince años mayor que ella y diez más que él. Además de molestarle eso, Osvaldo no podía entender por qué su amiga había decidido dejarlo por casi un desconocido. ¿En qué momento se veían si casi todo el tiempo estaban juntos?

El muchacho se fue de la oficina y Susana se mudó al departamento de su nueva pareja. Un mes después hicieron una videollamada para platicar:

—Vivo con Ricardo desde hace un mes, no pago renta.

—Tú eres el pago —pensó Osvaldo.

—¿Eres feliz? —preguntó.

—Sí —dijo ella y sus mejillas se sonrojaron.

—¿Sabes qué? Te invitó a mi casa el sábado a ver una película, pasaremos al súper y compraremos algo para comer. ¿Te parece?

—Ok, sí, veámonos.

Era una tarde lluviosa de septiembre, ambos caminaron al supermercado, compraron conserva de durazno, té, pasta y chuletas ahumadas. Otra vez eran ellos dos. Susana sonreía. Mientras caminaban, Susana le dijo:

—Acércate, quiero recitarte la parte de un poema: "The end of the affair is always death. / She's my workshop. Slippery eye, / out of the tribe of myself my breath / finds you gone. I horrify / those who stand by. I am fed. / At night, alone, I marry the bed... El final del romance es siempre la muerte/Ella es mi taller. Ojo resbaladizo, / fuera de la tribu de mí misma mi aliento te echa en falta. /Espanto a los que están presentes. Estoy saciada. De noche, sola, me caso con la cama".

— ¿De quién es? — preguntó Osvaldo.

—Es Anne Sexton, "La balada de la masturbadora solitaria"— contestó Susana. Llegaron a casa, destaparon la conserva y comenzaron a comerla mientras preparaban la pasta.

—Huele delicioso —dijo Susana.

—Sí —respondió Osvaldo. Le sirvió un gran plato de pasta y puso *Love song* de The Cure. Susana amaba esa banda.

Ella comenzó a comer, escuchaba la canción y pensaba en Ricardo, porque cuando empezaban a salir, a cualquier lado que iban, aparecía una canción de The Cure y eso les parecía gracioso, pues ambos adoraban a Robert Smith. Cerró los ojos un momento, pensando en Ricardo, picó un poco de pasta y de repente... fue cargada por Osvaldo y llevada a una habitación del departamento. La colocó sobre su cama, comenzó a besarle el cuello y los labios. Estaba asustada y no entendía qué pasaba, ¿no se supone que eran amigos? ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Por qué hacía esto? Osvaldo comenzó a desvestirla. Primero le quitó los zapatos y las medias mientras acariciaba sus piernas y volvía a besarla. Susana se levantó y comenzó a decirle

—Osvaldo, seguiremos siendo amigos, ¿verdad?

—Sí, sí... —respondió un poco acelerado. Entonces Susana se acostó y miró en el techo las manchas que había de pinturas distintas y pensaba en Ricardo. Luego escuchó—: El condón me aprieta, me lo quitaré... Quiero sentirte... Susana, ahora comprendo por qué todos se vuelven locos por ti.

Seguía mirando el techo y escuchaba el sonido de sus labios mientras era penetrada una y otra vez; se sentía lastimada por todo, no solamente por el tama-

ño del miembro, sino porque no entendía lo que estaba pasando. Recordaba que era su amigo y había sido una persona amable con ella durante todo el tiempo que estuvo sola en la ciudad. Cuando Osvaldo terminó, Susana buscó rápido su ropa para vestirse de nuevo, él la detuvo, la abrazó por la cintura y besó su cuello.

—Quédate conmigo hoy.

—No puedo, tengo que volver con mi novio, me espera.

Osvaldo pagó el taxi para que la dejara en casa. Volvió sin entender nada de lo que pasó. Su novio la esperaba en la entrada de los departamentos, la abrazó y se sintió segura nuevamente. Tomó un baño y durmió hasta el otro día. Osvaldo la bloqueó de todas las redes sociales y también dejó de escribirle. El último mensaje que le envió por Messenger fue: "La conserva se echó a perder, hoy por la mañana los duraznos ya tenían moho". Susana sabía que su tiempo juntos había acabado, estaba enamorada de su pareja, así que perder a su amigo le era doloroso, pero no del todo sabiendo que él estaría bien.

Este evento, Susana, como hacía con todos los que le hacían daño, lo borró completamente de su memoria. En algunas ocasiones lo romantizaba, pensando que Osvaldo había preparado todo para estar con ella. Vivió dos años de tranquilidad con su esposo, pero siempre se preguntaba en los momentos de amargura qué habría sido de su amigo, qué habría pasado si se hubiera ido con él, ¿habrían sido felices?

Cierto día, mientras paseaba por la ciudad buscando duraznos, se paró frente al vitral de una librería.

—Te compro el que quieras —dijo una voz conocida. Susana volteó y miró a Osvaldo, sus ojos se abrieron y miró hacia ambos lados.

—No te asustes.

Lo primero que hizo fue abrazarlo. Ella quedó catatónica; él solo le acarició el rostro pasando su mano derecha.

—¿Quieres estar conmigo de nuevo?

Susana movió la cabeza en señal de aprobación. La llevó a un hotel bonito y caro donde la desnudó y ella comenzó a besarlo. Al terminar le dijo:

—Tu cuerpo ha cambiado, tus senos han crecido, el grosor de tus piernas también. Debo decirte que estoy casado y esta será la última vez que nos veremos y estaremos así. Es el adiós.

No fue la última vez, han pasado cinco años desde aquella ocasión que prometió que se iría pero no lo hace, y ahora que ella se ha vuelto consciente del tiempo juntos le parece que será más difícil. A veces cuando mira la historia de Camila y Carlos de Inglaterra siente asco hasta el punto de querer vomitar, y otras, se entretiene viendo secciones de *The Crown* en las que aparecen fragmentos de su relación; las razones, dos: le recuerda lo que pasa con Osvaldo y el actor se parece a él. Quizá termine cuando sean viejos, quizá cuando uno de los dos muera, ninguno lo sabe.

Algunas lágrimas se escurrieron de su rostro, no quería pensar en esos momentos porque volvía a confundirse, pero hoy se hizo preguntas nuevas: ¿por qué Osvaldo nunca le dijo que quería estar con ella? ¿Que le gustaba al menos? ¿Por qué ese día que tenían que verse él no le dijo ni insinuó nada desde que la esperó en el metro? ¿Por qué durante el tiempo que estuvieron en el supermercado, él tampoco le dijo que quería tener relaciones con ella? ¿Por qué no le preguntó mientras comían? ¿Por qué la tomó así? ¿Por qué esperó hasta que estuvieran en un lugar apartado de donde ella no pudiera escapar? ¿Con qué libertad lo hizo? ¿Por qué no se detuvo cuando vio que ella no respondía? ¿Por qué se quitó el condón? ¿Osvaldo había abus...? Movi6 la cabeza y pens6 que era imposible, 6l la quería mucho. Adem6s, de qu6 servía tener esa informaci6n ahora, de nada, porque ahora todo ha sido consensuado, ¿cierto? No importa si la primera vez no, pero si ahora ha habido una respuesta, entonces solamente se cuenta lo que ocurre en el presente, ¿verdad?

Aunque su cuerpo y mente reaccionan siempre como aquella primera vez: Susana mira el techo o a un punto fijo y se pierde mientras Osvaldo la penetra sin parar, y finge, hace sonidos que ha aprendido en el porno que mira días previos a sus citas. 6l queda satisfecho, pero nunca saciado. Ella no recuerda nada de los encuentros m6s que los alimentos que consumen despu6s de tener sexo. No quiere pensar m6s en ello, comienza a maquillarse para tomarse unas *selfies* en la terraza de su casa. Los *likes*, la atenci6n que tiene de desconocidos le ayuda a sobrellevar la soledad de ese momento. Se siente validada, eso es lo 6nico real.

Como si lo hubiera invocado, lleg6 un correo de Osvaldo en el cual le pedía verla, pues la extrañaba desde que se había marchado de Ciudad de M6xico. Susana le dijo que sί, que podrían encontrarse en las afueras, que había unas casas muy bonitas donde pasar un rato —si 6l quería, todo un fin de semana por los meses que no habían estado juntos—. Ella diría a su esposo que iría a ver a su familia y como a 6l no le agradaba estar con ellos, no la acompañaría. Fijaron la hora y el lugar.

Osvaldo llega a la casa, una mujer anciana le abre la puerta y le indica d6nde lo esperan. Llega a la habitaci6n y observa a Susana vestida con un hermoso kimono azul y flores rosas, sentada y mirando por la ventana. Ella voltea, le sonrίe. Osvaldo se pone en el suelo y va a gatas hasta donde est6 ella, coloca su rostro entre sus senos y los desnuda para comenzar a lamerlos. Susana sonrίe y mira al techo, no pasa mucho tiempo para que 6l termine, le pide disculpas y le dice que “ya sabe c6mo es”, que siempre la primera vez es r6pido.

Todo el fin de semana comen ramen y frutas, se la pasan desnudos por la habitaci6n, rίen y platican sobre su vida laboral y matrimonial. Susana rίe mientras Osvaldo le habla feliz de c6mo ha cambiado el cuerpo de ella. Susana no quiere hablarle del de 6l porque ha engordado, sus caderas se han vuelto anchas y femeninas, no tiene nada de malo, pero seguro Osvaldo se sentiría inseguro si lo mencionara. Se limita a decir que su piel sigue siendo suave y que ama sus manos.



Llega el domingo en la noche. Susana ha guardado su equipaje, se ha arreglado y maquillado de nuevo. Osvaldo al verla le habla en tono triste:

—¿Crees que pudimos ser felices de otra manera? —Ella no entiende el porqué de esa pregunta, nunca le había hablado así. Continúa—. Sé lo que te hice, sé lo que te he hecho todo este tiempo, pero antes de despedirnos para siempre, ¿podría pedirte un último favor? Tengo una fantasía —Susana se pone nerviosa porque no sabe qué es todo esto. Osvaldo se pone de rodillas y le quita la pequeña pantaleta.

—Estemos así por una última vez hoy, pero asfíxiame con esto.

—No puedo, no me gustan esos juegos.

—Te lo suplico, es lo último que te pido, este es nuestro adiós.

Susana hizo caso como siempre, se agachó para lamerlo y él acarició su rostro.

—Eres tan dulce, tan tierna, amo cuando haces esto. Siéntate sobre mí y coloca tu pantaleta alrededor de mi cuello —ella obedeció como siempre, se sentó y comenzó a asfixiarlo—. Más fuerte... Más fuerte... —sonrió—. Eres lo último que quiero ver, perdóname por todo —masculló y se quedó dormido con unas pequeñas lágrimas en los ojos.

—Osvaldo... Osv... ¡Osvaldo! —le gritó Susana, le movió la cabeza y dio algunas cachetadas. No despertó. Dio un grito que hizo que la encargada fuera a la casa. Susana se colocó en una esquina del cuarto con las manos en el rostro y diciendo palabras ininteligibles. La policía llegó y también Ricardo. Él miro a su esposa desorientada. No pudo acercarse.

—Todo estará bien, te lo prometo —le dijo. Susana lo miró, pero sus ojos estaban extraviados y únicamente temblaba.

SILVIA YULMANELI MORENO-LEÓN. Licenciada en Filosofía por la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEMéx), México. Escritora nacida en Santa María Zolotepec, Xonacatlán, ha publicado en países como Alemania, Rumania y Perú. Ha participado en congresos internacionales en universidades como la Complutense de Madrid, Friedrich Schiller en Alemania, la Gran Colombia y la Universidad de Bucarest. Gran parte de su investigación se avoca a la literatura y la salud mental. Es autora de los libros *Pizarnik: El frenesí hecho poesía* (2019), *Cluster B* (2021) y *Rincones* (2022). Recientemente ganó el Programa de Estímulo a la Creación y el Desarrollo Artístico (PECDA) Estado de México 2026.

Cómo citar este artículo:

Moreno León, S. Y. (2026). Los amantes. *La Colmena*, (131), 117-124.

